

César Pérez Gracia

Castillo de la Almozara

Quien sueña con alas, despierta dando coces. Algo así sugiere Pascal, el que anhela ser ángel, termina siendo una bestia parda. Cajal tenía en su laboratorio de Madrid un alimañero que le proporcionaba ratas. Su libro sobre 'La textura nerviosa de los vertebrados' está plagado de dibujos preciosos del cacumen o sesera de la rata. En fin, voy a procurar no meterme en un jardín, el lector está a tiempo de cambiar de canal. No sabemos con precisión cuándo las teocracias medievales se fueron a pique y los naturalistas se erigieron en teócratas laicos. Darwin leyó a Azara, que se quedó pasmado, eran o no eran humanos los indígenas del Río de la Plata, y Cajal leyó a Darwin. Supongamos por un minuto que el progreso científico no es un mito y que ahora somos más inteligentes que Aristóteles y Platón juntos. No sé yo. Ya me he metido en otro jardín. El lector está a tiempo de cambiar de página.

De modo gradual, casi a hurtadillas, el mundo ha dado un gran salto en el vacío. Esto se veía venir, decían antes los oráculos del Madrid de Larra. La fraternidad jacobina implantó el dogma de la igualdad o fraternidad de los ciudadanos franceses. La soberanía popular. La religión era un asunto particular. Pero Darwin descubrió algo terrorífico, la evolución de las especies. La fraternidad jacobina era una grotesca caricatura de la fraternidad darwiniana. Incluso el santo de Asís avizó esa fraternidad revolucionaria. Hermano lobo, dijo. El gran Melville todavía fue más lejos, en 'Moby Dick'. En una noche infernal, el cocinero negro del 'Pequod' se ve obligado a aplacar el ataque endemoniado de un ejército de tiburones que vandalizan el casco del barco. Hermanos tiburones, 'fellow critters', bruticos míos, el amo Stubbs dice que no le dejáis cenar en paz. La cima del sermón nihilista. Nadie ha llevado la comicidad novelesca más lejos. Ni Dostoievski con 'Los hermanos Karamazov'. Al parecer hay una plaga de rata en el castillo de la Almozara. Quizá endémica en la Capilla de San Martín, ávida de osamentas de alcurnia. Hermana rata, te lo suplico, aplaca tu insaciable voracidad, deja cenar en paz al harponero del 'Pequod'.

LA TRIBUNA | Miguel Ángel Heredia García

Del ocaso de los valores: ¿y la humildad?

La humildad es una virtud que todos debemos practicar. Sin ella no podemos aprender. En la educación, la humildad nos acercará a la igualdad sin falsas superioridades



HERALDO

Me ocurrió ya hace unos años cuando impartía una conferencia sobre los valores en la educación y, entre otros, hablé de la importancia de la humildad. Al terminar el coloquio posterior y ya habiendo abandonado el estrado, se acercó un asistente, profesor, y me dijo, no sin cierta ironía, que cómo incluía la humildad en la categoría de valor, pues él la entendía con connotaciones religiosas. Le expliqué que no había hablado de caridad, que es lo que casi daba a entender con sus palabras, sino de un valor fundamental, transversal a todos los estadios de la vida y de la sociedad. Sin ella no podemos

aprender y, por lo tanto, crecer como civilización.

Creo que en este caso se la ha reconocido como valor importante antes en las empresas que en la escuela. Si se tiene cada vez más en cuenta en el mundo profesional, con la permanente transformación y exigencia que vive, podremos pensar que tiene verdadera importancia. Se debe practicar, pues su contrario, la soberbia, esconde sin duda el miedo a reconocer nuestras limitaciones, que cada cual tiene, y además reduce la capacidad de aprendizaje, limita la empatía y entorpece el trabajo en equipo. Casi nada.

En el contexto empresarial, la humildad es clave, pues nos vemos en la necesidad de aprender de quien ocupa un puesto de menor responsabilidad que el nuestro, de quien acaba de llegar, de quien, incluso, no nos cae simpático, que de todo hay.

Desde una perspectiva más global, tampoco ayuda que sea habitual hoy, en nuestra sociedad, comportarnos con cierta soberbia sobre nuestros conocimientos y opiniones, pues nos doctoramos en siete carreras mirando cinco minutos internet: este médico no está preparado, esta profesora no tiene ni idea y así podría seguir... Que bajen de la nube quienes subieron a ella sin mérito alguno.

Soy consciente de que mis palabras pueden ser rebatidas, pero quedémonos con la esencia, con que no sabemos tanto y con que con humildad aprenderemos de cualquiera. Y en la escuela lo aplico a todos los agentes implicados. Al alumnado que, con humildad, no debería cuestionar lo que explica cada docente por sus dos minutos de Wikipedia; a las familias, que me gustaría que humildemente confiaran en el profesorado, que a veces explica unos contenidos de una determinada manera porque forman parte de un plan que busca un aprendizaje progresivo o por un enfoque pedagógico que desconocemos. Y también a la clase política, que debería escuchar a quienes se dedican día a día a la educación en las aulas, el epicentro de la enseñanza.

Y lo aplico también al profesorado. Quien ama la docencia sabe que no debemos dejar nunca de aprender, que hemos de ser humildes y revisar y ampliar nuestros conocimientos, que la formación y el aprendizaje deben ser continuos, al igual que debemos asimilar nuevas herramientas (tecnológicas

o no) que el mercado nos ofrece. No querría que en la escuela se instalara la soberbia de pensamientos como «quién me va a decir a mí cómo debo dar mis clases», o «a estas alturas yo no necesito esa formación». ¡Qué error! Siempre he dicho que el ejercicio de una profesión no comienza cuando hemos acabado nuestros estudios que nos han posibilitado el título para poder ejercerla, sino cuando aterrizamos en la realidad,

«Nos vemos en la necesidad de aprender de quien ocupa un puesto inferior o de quien acaba de llegar»

en el barro. Y mucho más en la docencia. Animo a que con humildad escuchemos sin prejuicios a cualquiera que pueda aportarnos algo.

Pero doy un paso más para compartir con ustedes por qué la humildad me parece tan importante en la escuela: nos acercará a la igualdad sin falsas superioridades, nos permitirá relativizar nuestros éxitos y valorar el trabajo ajeno, nos llevará a actuar sin altanería, nos hará expresarnos con empatía y mayor amabilidad, así como a practicar la tan necesaria escucha activa con quien nos expresa su opinión. En definitiva, a respetar desde la sinceridad al resto de las personas y a minimizar todo tipo de conflictos.

La soberbia aboca al fracaso siempre, porque sólo esconde la incapacidad para reconocer las propias limitaciones. La frustración llegará y la infelicidad también. Los líderes son humildes (hablo de líderes, no de tiranos); muchos, genios; y no pocos, casos de éxito. ¿Es pues un valor?

Miguel Ángel Heredia García es presidente de la Fundación Piquer

Juan Antonio Gracia, sacerdote y periodista

Elogio y lección de la matraca

Los bombos y tambores son los instrumentos más característicos de los desfiles procesionales de Semana Santa en las ciudades y pueblos de Aragón. Pero su condición de reyes de cuantos elementos sonoros figuran en estas manifestaciones sacras no debe hacernos olvidar la existencia de otros que contribuyen no solo al esplendor del evento, sino también a la comprensión de lo que estamos haciendo, representando y viviendo al acompañar por las calles nuestros 'pasos' ante docenas de miles de espectadores.

Menos espectaculares, más modestos y tímidos, pero igualmente imprescindibles para una más completa catequesis popular de la Pasión, Muerte y Resurrección de

Jesucristo, ahí están la timbaleta, la matraca, la carraca, la corneta, la trompeta y la campana... Cada una con su historia y su simbolismo. Todas aportando un leve matiz de espiritualidad al grandioso retablo catequético levantado en la calle en la tarde del Viernes Santo.

La actual Cofradía del Santísimo Ecce-Homo y de Nuestra Señora de las Angustias era conocida en tiempos pasados como la hermandad de los terceroles o de los costaleros o de las matracas, y en sus negros hábitos se mantienen todavía huellas de los oficios que desempeñaban antaño sus cofrades en las procesiones.

Humildes y sencillas, las matracas participan en el estupendo y bellissimo concurso de instrumen-

tos que organiza cada año la Junta Coordinadora de la Semana Santa de Zaragoza. Lejos de toda intencionalidad competitiva, los hermanos del Ecce-Homo disfrutamos del magnífico espíritu comunitario que invade el certamen y ofrecemos el testimonio de nuestro amor a la matraca, a la que veneramos como una reliquia.

La matraca es un retazo de historia, un leve vestigio de cientos de años de práctica litúrgica. Y, sobre todo, sigue siendo un elocuente recuerdo de la Pasión del Señor. La matraca en la calle nos trae la memoria de un objeto que se usó durante siglos en el interior de las iglesias dentro de las celebraciones del Triduo Sacro. Sustitutiva de la campanilla en el altar, con su sonido severo y repetido alertaba a los fieles en los momentos más importantes de la liturgia. Su intervención culminante sucedía cuando, en la lectura evangélica de la Pasión, el sacerdote lector narra el instante preciso de la

muerte de Cristo. En ese momento se arrodillaban clero y fieles, se guardaba unos minutos de silencio y el chasquido severo y hondo de las matracas llenaba las bóvedas del templo y conmovían los corazones. La matraca simulaba el lamento estremecido por la muerte de Cristo, la imagen perfecta de aquellos extraños y sorprendentes fenómenos naturales que se produjeron en el Calvario en el momento en que Cristo expiró.

Algunas iglesias guardan todavía en sus campanarios las viejas y enormes matracas que convocaban a los fieles al Triduo Pascual. Nuestra cofradía tiene un copia de la que funcionaba en la torre de San Felipe y la hacemos sonar y nos acompaña en la procesión de Viernes Santo. Para nosotros, y ojalá que para todos, la matraca debe ser, sí, una remembranza histórica, pero sobre todo una invitación a vivir seriamente y en coherencia con nuestro compromiso cristianos la Semana Santa.